

# El mito de la Revolución Francesa

JUAN PABLO FUSI AIZPÚRUA  
*Universidad Complutense*

## I

Estas líneas no tienen por objeto —contra lo que su título indica— el análisis del mito revolucionario en la historiografía, tarea inabarcable por desorbitada. No son sino un estudio extremadamente selectivo, que se limita a la exposición de un artículo y al resumen apretado de unos pocos libros, debidos, además, a historiadores anglo-sajones, lo que reduce todavía más el ámbito de la exposición.

El título de estas líneas tiene, con todo, un antecedente verdaderamente ilustre. Coincide con el que Alfred Cobban dio a su lección inaugural al tomar posesión de su cátedra en Londres, en 1954, lección que fue origen de su conocido, breve y fructífero ensayo titulado *La interpretación social de la Revolución Francesa*, publicado diez años después de aquella fecha, y punto de partida de todo el revisionismo crítico que sobre la Revolución se desarrollaría desde entonces: «el mito que él combatió —se dice en *The Blackwell Dictionary of Historians* (1988)— fue la imagen marxista de la Revolución, entendida como la destrucción del feudalismo por la burguesía capitalista». Se recordará que, analizando la composición de Parlamentos y asambleas, Cobban indicó que los revolucionarios de 1789 no eran capitalistas, sino abogados y funcionarios, y que su argumento central era que la Revolución fue impulsada por la clase de propietarios bajo presión campesina, que en ella se solaparon diversos conflictos (campo-ciudad, pobres-ricos) y que acabó por favorecer exclusivamente a los terratenientes.

La analogía entre las tesis de Cobban y estas modestísimas líneas no van, sin embargo, más allá de la coincidencia en el título, aunque sólo sea porque, desde la perspectiva actual, las tesis de Cobban resultan difícilmente sostenibles. Los autores a los que haré referencia son, pues,

otros y de ellos, los más interesantes, por polémicos, son, como se verá, George V. Taylor y Simon Schama.

Para calibrar el interés de sus aportaciones, conviene recordar algunas de las interpretaciones tradicionales de la Revolución Francesa. Así, como se sabe, Michelet, cuya historia de la revolución se publicó entre 1847 y 1853, veía en la Revolución Francesa el resurgimiento unitario del pueblo francés, aunque distinguiera entre lo que llamaba «época santa» de la revolución —esto es, los años 1789-92—, obra de la «nación unida», y la «época heroica, pero sombría» de 1792-94, años de profunda división nacional, «los años sanguinarios», que Michelet explicaba en razón de las amenazas contrarrevolucionarias dentro y fuera de Francia.

Aulard (cuya *Historia política de la Revolución Francesa* apareció en 1901) partía de una interpretación rigurosamente política de la Revolución, según la cual su esencia había sido la constitución de un régimen republicano-democrático, proceso en el que distinguiría cuatro etapas: 1789-92, período de los orígenes de la democracia y la República; 1792-95, período de la República democrática; 1795-99, período de la República burguesa; 1799-1804, período de la República plebiscitaria. Para Michelet, la Revolución terminaba con la caída de Robespierre en 1794. Aulard, sin embargo, incluía dentro de aquella a la etapa 1795-1799, que guardaba obvias afinidades con el régimen que él, Aulard, representaba, esto es, con la III República inaugurada en 1871; y excluía, lógicamente, a la etapa bonapartista como correspondía a un tiempo —el de Aulard— en el que el bonapartismo aparecía como uno de las principales amenazas para la República.

Su discípulo Albert Mathiez —cuyo libro *La Revolución francesa* se publicó entre 1922 y 1927— cambió el énfasis y propuso una interpretación de la Revolución en términos de conflictos sociales e intereses económicos, planteando su propia cronología de los acontecimientos en función del protagonismo de las clases sociales en cada etapa revolucionaria. Así, diferenció entre 1) la revolución de la nobleza, en 1787-88; 2) la revolución burguesa, en 1789-91; 3) la revolución democrática y republicana, en 1792-93; y 4) la revolución social del gobierno jacobino de 1793-94. Para Mathiez, el golpe de Thermidor que derribó a Robespierre supuso no sólo el fin de la revolución, como para Michelet, sino una reacción contrarrevolucionaria que se prolongó durante los años del Consulado y del Imperio.

Georges Lefebvre profundizó en el tipo de análisis expuesto por Mathiez (y que tenía otro precedente ilustre al que, por razones de espacio, no aludiré aquí y que era la historia económica y social de la Revolución escrita por Jaurès). En *Quatre-vingt-neuf* (París, 1939), Lefebvre planteaba la Revolución como un conflicto entre una sociedad aristocrática, basada en el poder y la influencia de los terratenientes, y una nueva clase, la burguesía, aunque, contradictoriamente, sin embargo, en el libro hablaba

de cuatro revoluciones, las revoluciones aristocrática, burguesa, popular y campesina. Tal vez por eso, en *La Revolución Francesa*, de 1951, el análisis de Lefebvre se hacía más complejo, y estudiaba lo que seguía llamando «irrupción de la burguesía en Francia» a través de tres revoluciones, aristocrática, burguesa y popular, que, a su vez subdividía en otras tres: parisina, municipal y campesina. Incluso así, advertía que la burguesía no era homogénea y distinguía entre la burguesía terrateniente, la burguesía capitalista y la burguesía de funcionarios; financieros, comerciantes y manufactureros; burguesía intelectual y clase media o pequeña burguesía de comerciantes y funcionarios modestos. Más aún, en sus estudios sobre Orlèans —publicados póstumamente, en 1962-63—, Lefebvre apelaba a conceptos legales y no socio-económicos a la hora de establecer categorías sociales, ya que sus investigaciones probaban que miembros de la nobleza orleanesa eran comerciantes y refineros, esto es, burgueses, y que dentro del Tercer Estado había que distinguir entre una alta burguesía o élite de comerciantes, altos funcionarios e industriales, y la mediana o pequeña burguesía.

Que Lefebvre, pese a todo, siguiese creyendo en su interpretación original de la Revolución como una revolución burguesa debió ser cuestión caprichosa o sentimental: de sus propios trabajos se deducía que todo el concepto de «burguesía revolucionaria» —y sus diferencias con la nobleza— era poco menos que imposible de definir.

A la luz de las interpretaciones expuestas —y de las contradicciones entre ellas—, se entiende mejor el interés y la importancia de interpretaciones como las de George V. Taylor y Simon Schama.

Las tesis de Taylor —expuestas en tan sólo dos artículos—<sup>1</sup> enlazan en alguna medida con las de Cobban aunque, a diferencia de éstas, se basan en riguroso trabajo de archivo. Los dos estudios de Taylor analizaban la estructura del capitalismo y de la riqueza en la Francia pre-revolucionaria y venían a demostrar el muy limitado papel que en el Antiguo Régimen y en los orígenes de la Revolución tuvo el capitalismo comercial e industrial. Podríamos resumir sus tesis en las siguientes propuestas:

1. Que el elemento esencial en la economía del Antiguo Régimen era la presencia de una riqueza propietaria y no capitalista, que invertía en tierra, en propiedades urbanas, en cargos públicos y en rentas diversas, tipo de riqueza en comparación con la cual, la supervivencia del feudalismo y del señorío eran insignificantes. Más aún, estaban ya reducidos a rentas que eran adquiridas incluso por personas que no pertenecían a la nobleza. Nobles, abogados, procuradores, financieros,

---

1. «Types of capitalism in Eighteenth-Century France», *English Historical Review*, LXXIX (1964), pp. 478-497; y «Non-capitalist Wealth and The Origins of The French Revolution», *American Historical Review*, LXXII (1967), pp. 469-96.

- funcionarios y comerciantes y lo que era más, campesinos, artesanos y tenderos, todos en suma, compraban tierra. Todo lo burgués era no capitalista; Francia no había experimentado una revolución agraria capitalista como la que había tenido lugar en Inglaterra;
2. Que la riqueza verdaderamente comercial y capitalista representaría cuando mucho un 20 por 100 del total de la riqueza de la Francia del Antiguo Régimen, y gozaba, además, de escasa estima social. Incluso dentro del Tercer Estado, la riqueza propietaria superaba ampliamente al capitalismo industrial y comercial. Entre la nobleza y el sector propietario de las clases medias había una evidente continuidad de valores socio-económicos, al extremo de formar un solo grupo: las diferencias entre ellos eran jurídicas, no económicas;
  3. Que numerosos nobles participaban como empresarios en actividades comerciales, industriales y financieras. Había, así, antes de la Revolución, una nobleza comerciante que especulaba en bolsa y explotaba minas, canales o ferreerías; y había, además, una burguesía comerciante ennoblecida, a través de la compra de cargos, tierra y rentas.

Las conclusiones a las que llegaba Taylor eran las que no quiso sacar Lefebvre: que no cabía identificar Tercer Estado con burguesía, ya que un 87 por 100 de aquel pertenecía a la riqueza propietaria no capitalista; que no era posible fundamentar en términos económicos la teoría de la irrupción de la burguesía y el desplazamiento por ella, en tanto que nueva clase social, del absolutismo y la aristocracia. Taylor veía la revolución como el resultado de una crisis política y financiera provocada por causas externas al proceso económico como pudieron ser la bancarrota de la Monarquía, el rechazo de la nobleza a los planes de Calonne —febrero de 1787—, o, una vez convocados los Estados Generales —agosto de 1788—, la pugna política sobre la representatividad y el alcance del poder del Rey.

Taylor lo resumía con una formulación afortunada, cuando escribió que la Revolución Francesa fue una revolución política con consecuencias sociales, y no una revolución social con consecuencias políticas. El proceso político mismo fue, desde esa perspectiva, el principal factor de la radicalización que Francia vivió a partir de 1788-89.

Las tesis de Taylor, más que las conferencias de Cobban, cambiaron radicalmente la interpretación historiográfica de la Revolución Francesa en los medios anglo-sajones. No fue ese el caso en Francia —y por extensión, en España— cuyos historiadores más conocidos ignoraron casi sistemáticamente las consecuencias de sus aportaciones. La revisión, en Francia, vino con la obra de François Furet, autor en 1965, en colaboración con Denis Richet, de la *Revolución francesa*, en 1978 de *Penser la Révolution* y en 1989, de *La Révolution 1770-1880*, libros en los que aparecía una interpretación más compleja y sutil que las anteriores —continuadas, tras Lefebvre, por Soboul, Vovelle y muchos otros—, en la que

los factores ideológicos adquirirían importancia esencial frente a toda interpretación socio-económica. Volviendo a los argumentos de autores clásicos (Tocqueville, Quinet, Cochin), Furet ponía el énfasis en la rebelión de los estamentos —esto es, notables y Parlamentos— en 1787-88 (descartando, así, la hipótesis de una revolución burguesa), rebelión que habría puesto en marcha el mecanismo que llevó a la convocatoria de los Estados Generales, acto que Furet consideraba como verdaderamente revolucionario en sí mismo, y desencadenante, además, de todo el proceso posterior. Furet distinguía en éste las tres revoluciones autónomas del verano del 89: la revolución de los Estados Generales, la revolución parisina y la revolución campesina; y, de acuerdo con los viejos estudios de Cochin, recordaba el papel decisivo no de las clases, sino de las minorías, organizadas a través de las sociedades de pensamiento, en la elaboración de los cuadernos de agravios, en las elecciones a los Estados Generales y aún en la actuación callejera.

Furet añadiría un elemento más, que le apartaba radicalmente de las tesis de Michelet, Mathiez o Lefebvre: la idea del cambio de rumbo de la revolución a partir de 1791-92, y su desviación desde el espíritu democrático de 1789 hacia formas de dictadura y Terror que culminarían en 1794 con Robespierre (cuya caída dio paso a lo que Furet llamaba la «república burguesa» de 1794-99).

Las tesis de Furet —casi oficializadas con ocasión del bicentenario de la Revolución celebrado en 1989— constituirían una visión menos romántica y nada populista, más rica conceptualmente y más matizada que las de Michelet, Aulard, Mathiez y Lefebvre. Aunque ajenas a la historiografía anglo-sajona, venían a coincidir con los puntos de vista de esta última en más de un aspecto.

Basta ver para ello las ideas, hipótesis y conclusiones del libro publicado en 1989 por William Doyle, *The Oxford History of the French Revolution*, espléndida síntesis de la labor monográfica llevada a cabo por historiadores anglo-sajones a lo largo de los años: libro ponderado, inteligente, que, frente a toda idealización romántica de la Revolución —evidente, por ejemplo, en Michelet—, recordaría que aquella se extendió a lo largo de trece años turbulentos, 1789-1802, de cambios irreversibles, ninguno de los cuales, sin embargo, reflejaba lo que los reformistas habían soñado en 1789.

Enumeremos, pedagógicamente, las principales tesis de Doyle. Serían éstas:

1. El ímpetu inicial de la Revolución fue más de carácter intelectual, que social o económico, resultado de la aparición de una opinión pública ilustrada y crítica nacida con el enriquecimiento y la prosperidad que Francia experimentó a lo largo del siglo XVIII;
2. La Revolución, el colapso del Estado francés en 1789, fue un aconte-

cimiento imprevisto e inesperado, que abrió un período de esperanza y libertad donde todo pareció posible. La violencia no fue sólo consecuencia de la resistencia de los privilegiados al cambio: fue también un instrumento esencial de tal cambio en manos de los revolucionarios;

3. El cambio revolucionario más evidente fue la transferencia masiva de propiedad de la tierra, aunque el valor de ésta se despreciara y la producción quedara estancada durante años. La nobleza y el clero fueron los estamentos que más sufrieron con la Revolución; especuladores, terratenientes, soldados, burócratas y profesiones liberales, los que ganaron con ella. Las clases populares se beneficiaron poco y, en muchas partes de Francia —la Vendée, Bretaña, etcétera— llegó a haber verdadera oposición popular a la Revolución;
4. La guerra, iniciada en 1792, cambió el curso de la Revolución: la responsabilidad última de la guerra correspondió a la propia Francia revolucionaria, y no a las potencias autocráticas europeas;
5. La Revolución cambió la conciencia colectiva y universalizó los principios de soberanía e igualdad. Pero la Revolución fue, en su conjunto, una tragedia, probablemente inútil: en 1802, la sociedad rica y famosa mandaba de nuevo en Francia, pese a todo lo ocurrido desde 1789.

Vemos, pues, lo alejada que, a la altura de 1989, estaba la historiografía anglosajona —en la medida que el libro de Doyle venía a ser exponente de la misma— de las interpretaciones clásicas de la Revolución; y vemos también que el espíritu revisionista de Cobban y Taylor habían dejado en aquella una profunda y, digámoslo, muy saludable huella. En 1989, vino a sumarse a todo ello el que, desde mi perspectiva, sería *el* libro del bicentenario: *Citizens: A Chronicle of the French Revolution*, la provocación explosiva, deslumbrante y soberbiamente escrita, de Simon Schama. Provocación, porque Schama argumentaba que la Revolución consiguió muy poco, y que fue una experiencia negativa y terrible; que interrumpió el proceso de transformación gradual y pacífica iniciada, bajo el Antiguo Régimen, por las clases altas, únicas fuerzas sociales verdaderamente ilustradas y modernizadoras en la Francia del XVIII. Provocación, porque decía que la Revolución no fue otra cosa que la irrupción del chauvinismo violento y populista de las clases populares parisinas, y que sus consecuencias fueron el fortalecimiento del poder del Estado y la destrucción económica y demográfica de Francia.

Junto a ello, Schama deslizaba una auténtica cascada de hipótesis innovadoras, que venían a poner toda la imagen convencional de la Revolución francesa literalmente cabeza abajo, tanto más así cuanto que muchas de dichas hipótesis resultaban irreprochables y convincentes. Recuerdo sólo alguna de ellas: a) la tesis de que no había ninguna incapacidad estructural y funcional que impidiera al Antiguo Régimen aceptar formas de gobierno representativas y reformas. Sus políticos —Calonne,

Brienne— fueron políticos torpes, no enemigos de las reformas; más que de revolución, habría, así, que hablar de suicidio del antiguo Régimen; b) la importancia que Schama daba a la «nobleza ciudadana» en la crisis política de 1788-89, nobleza que «inventaría» el Tercer Estado. La causa última de la Revolución no sería, pues, la ascensión de una nueva clase, sino un conflicto dentro de la clase dirigente; c) el carácter anti-burgués, anti-individualista y anti-capitalista de las demandas de las masas populares, interesadas en lograr la protección paternalista del Estado y no en la creación de una economía de mercado. La burguesía habría sido la principal víctima de la Revolución, no el motor de la misma; d) el papel esencial del crimen organizado y de la violencia de las masas como factor de la Revolución. El Terror jacobino de 1794 sería la culminación de la Revolución, no una desviación de la misma, y supuso la liquidación del sueño revolucionario de conjugar libertad y poder popular.

Habría mucho más: la imposibilidad de diferenciar socialmente entre girondinos y jacobinos; la resistencia popular a las levas en masa de soldados; la destrucción de la Vendée; los horrores de la represión bajo el Terror, etcétera. Resumamos diciendo que Schama hacía de Malesherbes el símbolo de lo acontecido durante la Revolución. Este antiguo protector de la Enciclopedia, director de la Biblioteca Real entre 1750 y 1763, presidente del Tribunal Superior de Apelación, creador del más importante jardín botánico de Francia; este hombre que en 1789 era ya anciano, aquel «virtuoso Malesherbes», el hombre más amado de Francia, que al estallar la Revolución vivía retirado en su castillo y que en 1792, asumió, cuando otros no quisieron, la defensa legal del Rey, tendría que presenciar con sus 72 años las ejecuciones de su hija, de su nieta y del marido de ésta, instantes antes de ser él mismo ejecutado en la guillotina. La clave última de la tesis de Schama parece indiscutible: que una Revolución que quiso crear un país de ciudadanos libres acabó en la más formidable y brutal represión hasta entonces conocida.

## II

Bastaría lo dicho —y hay que recordar que se trata de una minúscula muestra dentro de una bibliografía inundatoria— para concluir que la complejidad de la Revolución desautoriza todo tipo de interpretaciones ineptas y rancias. Se conviene en que la Revolución fue un conjunto de ideas, resumidas en la Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano de agosto de 1789 —básicamente, las ideas de igualdad civil y de libertad política—, y de una sucesión de crisis, tal como resumió Benjamín Constant en *Des réactions politiques*, en 1797. Pero todo lo demás resulta mucho más discutible y sujeto a revisión y debate. Lo que sigue no es, pues, sino una aproximación tentativa, basada en las tesis de Taylor, Furet, Doyle y Schama.

Parece, así, evidente que hubo una revolución *antes* de la revolución, una rebelión de los notables —de la nobleza ciudadana, de la riqueza no capitalista, de los abogados— que en 1787-88, puso en marcha, en nombre de las libertades e instituciones tradicionales, como los Parlamentos, el mecanismo que terminaría por liquidar, ya en 1789-91, la Monarquía absoluta. Hubo, luego, en 1789, varios procesos revolucionarios simultáneos y autónomos: los señalados por Furet y mencionados más arriba, (aunque haciendo la salvedad de que el término revolución campesina es un término en revisión, a la vista de la formidable diversidad de la Francia rural). Y hubo, finalmente, una revolución *en* la revolución, o esa desviación que la Revolución experimentó desde 1791-92 hacia el Terror y la dictadura, que culminaría en 1794 con Robespierre.

La revolución no nació de la miseria. El detonante fue una triple crisis política, financiera y económica que se agravó en torno a 1787-88, y que la monarquía francesa no acertó a resolver. Las causas últimas fueron, sin embargo, mucho más profundas. La Revolución se produjo al cabo de un largo período de enriquecimiento y prosperidad generales, y fue preparada por las clases más civilizadas del país más rico de Europa. Tocqueville estaba en lo cierto cuando argumentó que la Revolución ocurrió porque la Monarquía, al absolutizar el poder y proceder a una profunda reforma administrativa centralizadora y modernizadora —lo que hizo a todo lo largo del siglo XVIII— había destruido el tejido social en que descansaba el Antiguo Régimen (tesis que avalaría la de Schama, ya que la Revolución aparecería, así, como un episodio contraproducente puesto que interrumpió aquél proceso modernizador de la sociedad francesa, y abrió una larga etapa de inestabilidad política, luchas civiles, violencia social y guerra, que dejó a Francia devastada, dividida y empobrecida).

La Revolución francesa fue, pese a todo, una verdadera revolución, sobre todo en los años 1789 a 1792. Contribuyó decisivamente al progreso de la libertad política, al hilo de conquistas memorables: la idea de soberanía popular y nacional, la liquidación de la sociedad aristocrática y señorial, la igualdad de los ciudadanos ante la ley, la creación del Estado nacional de derecho, la declaración de derechos del hombre, el reconocimiento de las minorías étnicas (judíos, negros), el principio de responsabilidad del estado en la educación nacional. Transformó profundamente la conciencia colectiva en nombre de sentimientos de fraternidad e igualdad merced a iniciativas reveladoras: la legalización de los hijos ilegítimos, la abolición del «usted», la adopción de formas radicalmente nuevas de vestir, la implantación de un nuevo —y extravagante— calendario, y tantas otras<sup>2</sup>. Casi todo ello se hizo en el primer momento revolucionario, bajo el liderazgo de hombres notables: Sieyès, Grégoire, Mirabeau, Mounier;

---

2. Véase el excelente artículo de Robert Darnton, «What was Revolutionary about the French Revolution?», *New York Review of Books*, 19 enero 1989.

Barnave, Lameth, Duport. La abolición del feudalismo y la declaración de derechos del hombre se aprobaron en el mismo verano del 89; la Constitución, el 13 de septiembre de 1791.

¿Por qué, hay que preguntarse, no se detuvo ahí la Revolución? ¿Por qué se desvió hacia el Terror, hacia los linchamientos y violencias callejeras, hacia las masacres en las cárceles, las ejecuciones sumarias, hacia la represión arbitraria y sistemática, en suma? Por todo lo dicho hasta ahora, se concluye que eso fue así por muchas y muy complejas razones. Ante todo, porque no hubo un verdadero consenso nacional en torno a la obra revolucionaria del 89-91. Lejos de ello, Francia se polarizó aceleradamente en esos años. Doyle subrayaba una de las causas: la aprobación de la Constitución Civil del Clero en 1790 apartó de la Revolución a la opinión católica y vino a servir de justificación a la contrarrevolución popular (al menos, a la insurrección vendeana y a la «chouannería»). Más aún: precipitó la ruptura del Rey con la Revolución —sellada con su escandalosa huida a Varennes, en junio de 1791—, que arruinó las posibilidades de un posible desenlace monárquico-constitucional del proceso revolucionario. Pero hubo otras causas: la sanción de la Constitución de septiembre de 1791 —demasiado monárquica y moderada— decepcionó las expectativas revolucionarias, y marcó el distanciamiento de la opinión republicana y radical, aglutinada en torno a ciertos clubes políticos y la Comuna de París, y apoyada por sectores de los barrios populares de la capital.

Con todo, las causas últimas de la desviación totalitaria de la Revolución francesa fueron, en esencia, dos: la guerra, y las mismas concepciones ideológico-políticas de la izquierda revolucionaria y de sus líderes más representativos (Danton, Robespierre, Saint Just, Marat, Hébert).

La guerra de abril de 1792, coincidente además con la insurrección católica, campesina y realista de la Vendée, cambió, en efecto, el curso de la Revolución. Impulsó la progresiva izquierdización del proceso revolucionario, hasta culminar en el gobierno jacobino de 1793-94; fortaleció el poder ejecutivo frente a cualquier otro tipo de poder; propició la creación de un sistema represivo, el Terror, como instrumento de control de la retaguardia y de liquidación del enemigo interior; y finalmente —otra de las tesis de Schama que no es posible ignorar—, creó un nuevo sentimiento colectivo, el patriotismo popular francés, simbolizado en la Marsellesa, que vino a cimentar el poder revolucionario, en la medida que produjo la identificación del pueblo con «la patria en peligro», y con el gobierno y régimen que la representaban. La caída de la Monarquía se produjo el 10 de agosto de 1792 cuando masas populares —articuladas por los jacobinos— asaltaron las Tullerías, residencia real, como respuesta a las amenazas auto-prusianas contra París. La guerra fue provocada por las potencias contrarrevolucionarias europeas, deseosas de acabar con la Revolución, cuestión en exceso desdibujada en las interpretaciones

de Doyle y Schama. Pero a ella contribuyó, decisivamente, la política de guerra de los girondinos, motivada por dos propósitos: extender la revolución a toda Europa y capitalizar el patriotismo popular.

El terror no fue sólo resultado de la guerra. La violencia había acompañado desde el primer instante a la Revolución, como si se tratara de una suerte de reacción milenarista de las masas populares. El Terror de 1792-94 —que dejó un saldo de 16.000 ejecutados y 500.000 detenidos, a los que habría que añadir los muertos en la Vendée, que oscilarían, según los historiadores, entre 60.000 y 300.000—, el Terror tuvo causas políticas. Era casi inevitable: por la teoría jacobina del gobierno fuerte por una minoría revolucionaria, encarnación de la voluntad popular; y por la concepción asamblearia y callejera de la democracia sustentada por los *sans-culottes* —artesanos, tenderos, operarios de París; unos 3.000 fanáticos, según Schama—, y por los líderes radicales de la capital. El Terror fue, pues, consecuencia de una concepción revolucionaria que creía en una voluntad general única e indivisible, que la identificó con las aspiraciones de algunos barrios populares de París, y que la vació de todo derecho inherente a la libertad individual.

El terror supuso, así, la desvirtuación cabal de la Revolución. Pero los crímenes revolucionarios no fueron consecuencia de los principios del 89. Más bien al contrario. Parafraseando a Madame de Staël, se diría que la alternativa al Terror era, justamente, la aplicación rigurosa y equilibrada de las ideas y valores democráticos que impulsaron y dieron sentido a la revolución del verano de 1789.